



LA CALMA ANTES DE LA TORMENTA

POR MARÍA TERESA HERNÁNDEZ

El primer largometraje del director Andrea Pallaoro, *Medea*, retrata el drama de una familia del campo. Es una película que, si le tienes paciencia, te dará una buena sorpresa.

La historia de *Medea* se revela a cuentagotas. El italiano Andrea Pallaoro exige paciencia al público de su primer largometraje, pero la recompensa será grande: su cautela en el desarrollo de la trama es lo que la convierte en algo extraordinario.

Pallaoro destroza a la familia que protagoniza su película y se toma su tiempo para ello. La estrategia que emplea para provocar tensión no es la velocidad, sino la calma y el silencio. La cinta inicia casi como un pintura bucólica: papá (Brían F. O'Byrne), mamá (Catalina Sandino) y sus seis hijos se toman una foto junto a un lago. Viven alejados de todo, casi en medio de la nada, en un hogar rodeado de colinas. Él es un granjero que lidia con vacas el día



Pallaoro acaba de cumplir 33 años. Antes de *Medea* dirigió dos cortometrajes.



La colombiana Catalina Sandino (*Che*, 2008) interpreta a una mujer sordomuda a disgusto con su matrimonio.

NOBLEZA MILENARIA

Pareciera que los británicos nacen para interpretar a reyes. Este mes se estrena *A Little Chaos*, primer proyecto de dirección de Alan Rickman, basado en la vida de Luis XIV y la construcción de los jardines de Versalles. Aquí otros británicos que han llevado la corona con elegancia:



COLIN FIRTH
como Jorge VI
en *The King's Speech* (2010)



KENNETH BRANNAGH
como Enrique V
en *Henry V* (1989)



IAN MCKELLEN
como Ricardo III
en *Richard III* (1995)

entero, ella es ama de casa. Parece que son felices.

Pasan varios minutos antes de comprender por qué *Medea* es tan silenciosa. Primero, porque la protagonista (Sandino) es sordomuda. Segundo, porque de este modo es más angustiante descubrir que su marido (O'Byrne) no siempre es el padre amoroso que juega con sus hijos, sino un tipo religioso e inflexible que puede maltratar a su familia si lo provocan o deshacerse de su perro al primer gesto de desobediencia.

Lo que hace Pallaoro en *Medea* es torcer el cine convencional. Provoca una sorpresa tras otra —una infidelidad o un asesinato— con tomas largas y pocos diálogos. Constantemente contrasta la belleza de los escenarios naturales con el desasosiego de la familia que sitúa en ellos. Además, se detiene con tanta calma en el hombro de sus personajes que el espectador casi se convierte en espía de momentos tristes y dolorosos, que no deberían rebasar la intimidad familiar. Por eso, en *Medea* el silencio no refleja las fallas de un guionista, sino que intensifica la tragedia y prácticamente dice: “Estás a punto de ver algo horrible y no podrás decir o hacer nada al respecto”.

La cinta de Pallaoro le debe su nombre a un personaje del mito griego de Jasón y los argonautas. En él, Medea es una hechicera que ayuda al hombre que ama a conseguir poder y gloria. Él se casa con ella y tienen una familia, pero con el tiempo la abandona por otra mujer y ella enloquece al grado de asesinar a sus hijos por venganza. Pallaoro da el toque final a su primer gran filme cuando retoma este mito y le da un giro (que no podemos revelar, obvio). De este modo, deja clara una sentencia: los celos, la locura y los crímenes siempre han sido parte de la esencia humana. Y con un final inesperado, suspende nuevas preguntas en el tiempo.